



✠ Lectura del santo evangelio según san Mateo (25,14-30)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: «Un hombre, al irse de viaje, llamó a sus empleados y los dejó encargados de sus bienes: a uno le dejó cinco talentos de plata, a otro dos, a otro uno, a cada cual según su capacidad; luego se marchó. El que recibió cinco talentos fue en seguida a negociar con ellos y ganó otros cinco. El que recibió dos hizo lo mismo y ganó otros dos. En cambio, el que recibió uno hizo un hoyo en la tierra y escondió el dinero de su señor. Al cabo de mucho tiempo volvió el señor de aquellos empleados y se puso a ajustar las cuentas con ellos. Se acercó el que había recibido cinco talentos y le presentó otros cinco, diciendo: "Señor, cinco talentos me dejaste; mira, he ganado otros cinco." Su señor le dijo: "Muy bien. Eres un empleado fiel y cumplidor; como has sido fiel en lo poco, te daré un cargo importante; pasa al banquete de tu señor." Se acercó luego el que había recibido dos talentos y dijo: "Señor, dos talentos me dejaste; mira, he ganado otros dos." Su señor le dijo: "Muy bien. Eres un empleado fiel y cumplidor; como has sido fiel en lo poco, te daré un cargo importante; pasa al banquete de tu señor". Finalmente, se acercó el que había recibido un talento y dijo: "Señor, sabía que eres exigente, que siegas donde no siembras y recoges donde no esparces, tuve miedo y fui a esconder mi talento bajo tierra. Aquí tienes lo tuyo". El señor le respondió: "Eres un empleado negligente y holgazán. ¿Con que sabías que siego donde no siembro y recojo donde no esparzo? Pues debías haber puesto mi dinero en el banco, para que, al volver yo, pudiera recoger lo mío con los intereses. Quitadle el talento y dáselo al que tiene diez. Porque al que tiene se le dará y le sobrará, pero al que no tiene, se le quitará hasta lo que tiene. Y a ese empleado inútil echadle fuera, a las tinieblas; allí será el llanto y el rechinar de dientes"».

EL DESEO DE DIOS EN EL CORAZÓN EL HOMBRE HECHO PARA AMAR

➤ El misterio del hombre. He nacido para el amor

El hombre es un misterio, también para sí mismo. San Juan Pablo II dijo en una ocasión: "Cada vez que me acerco al hombre, tengo la impresión de acercarme al misterio". Y es que nuestro origen y nuestro destino son divinos: Dios.

Dios nos creó por amor y para el amor. Nos soñó desde toda la eternidad. Nos creó y escogió entre un número infinito de posibilidades. Nos mantiene en la vida, en cada instante. Todo por Amor. Por tanto somos únicos para Él. ¡Únicos e irrepetibles!

Tenemos un destino eterno: ver a Dios y gozarle para siempre, y mi destino temporal debe ser el mismo, porque el alma no se salva en el último momento, sino a lo largo de la vida.

Tengo un papel que cumplir en la vida: **AMAR**, es decir, **agradar en todo a Dios**.

Si por amor he sido creado por Él, no puedo ni debo vivir más que para amarle, haciendo su voluntad. "El amor sirve", dice San Bernardo. Te crea para que seas hijo único, amigo único...

➤ Importancia de la oración

La oración es el encuentro entre la sed del hombre y la sed de Dios (Cf. Jn 4). El hombre es un "mendigo de Dios", es un eterno buscador, un ser "capaz de Dios" (San Agustín). Por eso el mismo Santo dijo esa frase inmortal: "Nos hiciste, Señor, para Ti, y nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en Ti".

Y San Juan Pablo II dijo en una ocasión a los jóvenes: "Cada vez que soñáis con la felicidad, buscáis a Jesucristo".

Por eso nos podemos preguntar nosotros como el Santo de Hipona: "¿Cómo es, Señor, que te busco? Porque al buscarte, Dios mío, busco la vida feliz, haz que te busque para que viva mi alma, porque mi cuerpo vive de mi alma, y mi alma vive de Ti". (S. Agustín).

"Sólo Dios sacia". (Sto Tomás).

Cuando buceamos en nuestro propio interior, encontramos que "el deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios; y Dios no cesa de atraer al hombre hacia sí. Y sólo en Dios encontrará el hombre la verdad y la dicha que no cesa de buscar" (CEC 27).

Por todo esto, la oración es la mejor expresión de nuestro trato con Dios que nos lleva no solo a conocerle cada vez más, sino a la intimidad con Él hasta transformarnos en Él. Así adelantamos el cielo en la tierra.

COMENTARIO AL EVANGELIO

La Palabra de Dios de este domingo, penúltimo del año litúrgico, nos invita a estar vigilantes y activos, en espera de la vuelta del



Señor Jesús al final de los tiempos. La página del Evangelio narra la célebre parábola de los talentos, referida por san Mateo. El «talento» era una antigua moneda romana, de gran valor, y precisamente a causa de la popularidad de esta parábola se ha convertido en sinónimo de dote personal, que cada uno está llamado a hacer fructificar. En realidad, el texto habla de «un hombre que, al

ausentarse, llamó a sus siervos y les encomendó su hacienda».

El hombre de esta parábola representa a Cristo mismo; los siervos son los discípulos; y los talentos son los dones que Jesús les encomienda. Por tanto, estos dones, no sólo representan las cualidades naturales, sino también las riquezas que el Señor Jesús nos ha dejado como herencia para que las hagamos fructificar: su Palabra, depositada en el santo Evangelio; el Bautismo, que nos renueva en el Espíritu Santo; la oración —el «padrenuestro»— que elevamos a Dios como hijos unidos en el Hijo; su perdón, que nos ha ordenado llevar a todos; y el sacramento de su Cuerpo inmolado y de su Sangre derramada. En una palabra: el reino de Dios, que es él mismo, presente y vivo en medio de nosotros.

Este es el tesoro que Jesús encomendó a sus amigos al final de su breve existencia terrena. La parábola de hoy insiste en la actitud interior con la que se debe acoger y valorar este don. La actitud equivocada es la del miedo: el siervo que tiene miedo de su señor y teme su regreso, esconde la moneda bajo tierra y no produce ningún fruto. Esto sucede, por ejemplo, a quien, habiendo recibido el Bautismo, la Comunión y la Confirmación, entierra después dichos dones bajo una capa de prejuicios, bajo una falsa imagen de Dios que paraliza la fe y las obras, defraudando las expectativas del Señor.

Pero la parábola da más relieve a los buenos frutos producidos por los discípulos que, felices por el don recibido, no lo mantuvieron escondido por temor y celos, sino que lo hicieron fructificar, compartiéndolo, repartiéndolo. Sí; lo que Cristo nos ha dado se multiplica dándolo. Es un tesoro que hemos recibido para gastarlo, invertirlo y compartirlo con todos, como nos enseña el apóstol san Pablo, gran administrador de los talentos de Jesús.

La enseñanza evangélica que la liturgia nos ofrece hoy ha influido también en el plano histórico-social, promoviendo en las poblaciones cristianas una mentalidad activa y emprendedora. Pero el mensaje central se refiere al espíritu de responsabilidad con el que se debe acoger el reino de Dios: responsabilidad con Dios y con la humanidad.

La Virgen María, que, al recibir el don más valioso, Jesús mismo, lo ofreció al mundo con inmenso amor, encarna perfectamente esta actitud del corazón. Pidámosle que nos ayude a ser «siervos buenos y fieles», para que podamos participar un día en «el gozo de nuestro Señor» (Benedicto XVI, 16.11.08).

PUNTOS PARA LA ORACIÓN

Los talentos no son un derecho, son un regalo que Dios nos hace por amor. Generalmente un regalo se recibe para usarlo, ponerlo en acción, compartirlo. No lo recibimos para guardarlo sin destapar y mantenerlo ajeno a mi vida. Esto fue lo que hizo aquel siervo del Evangelio que recibió un talento. No se detuvo a valorar la confianza que le había dado su señor, ni lo valioso del único talento que poseía, ni lo mucho que podía ganar con él. Simplemente recibió y lo escondió.

Por eso te pido, Señor, con confianza: Dame la gracia de poner a trabajar los regalos, los talentos que me has dado. Que no tema arriesgar los talentos que me has regalado para así hacerlos multiplicar. **Dame la confianza necesaria para poner toda mi vida a tu servicio**, y así crecer en mi plenitud personal y en la extensión de tu Reino.

1. Les dejó encargados de sus bienes

Todos tenemos una misión en la vida. *“El hombre está en la vida para cumplir un servicio”* (Job). Y quiere que **lo cumplamos con amor**, haciendo el bien, sirviendo a los demás, preocuparnos por el bien del prójimo, y en el mundo... Para ello nos da los talentos, es decir, todo lo que tenemos: nuestras cualidades personales, nuestras habilidades, nuestro carácter, nuestra personalidad y la salud; todo lo que somos y tenemos... ¡Todo para hacer el bien y ayudar en la construcción de su Reino en la tierra!

Comenta a este propósito el Papa Francisco:

“Un cristiano que se cierra en sí mismo, que oculta todo lo que el Señor le ha dado, ¡es un cristiano que no agradece a Dios todo lo que le ha dado!

Este tiempo de espera hasta la Parusía, es el tiempo de la acción. Es el tiempo de hacer rendir los dones de Dios, no para nosotros mismos, sino **para Él, para la Iglesia, para los demás**; el tiempo para hacer que crezca el bien en el mundo. Y en particular hoy, en este período de crisis, es importante no cerrarse en uno mismo, enterrando el propio talento, las propias riquezas espirituales, intelectuales, materiales, todo lo que el Señor nos ha dado, sino abrirse, ser solidarios, estar atentos al otro.

A vosotros jóvenes, que estáis en el comienzo del camino de la vida, os pregunto: ¿habéis pensado en los talentos que Dios os ha dado? ¿Habéis pensado en cómo podéis ponerlos al servicio de los demás? ¡No enterréis los talentos! Apostad por ideales grandes, esos ideales que ensanchan el corazón, los ideales de servicio que harán fecundos vuestros talentos. La vida no se nos da para que la conservemos celosamente para nosotros mismos, sino que se nos da para que la donemos. **¡No tengáis miedo de soñar cosas grandes!**

Dios nos ofrece con misericordia y paciencia este tiempo para que aprendamos cada día a reconocerle en los pobres y en los pequeños; para que nos empleemos en el bien y estemos vigilantes en la oración y en el amor. Que el Señor, al final de nuestra existencia y de la historia, nos reconozca como siervos buenos y fieles.”

2. Les repartió los talentos: a uno cinco, a otro dos a otro uno

Dios distribuye libremente los talentos entre sus hijos. Nos los envía en función de la misión que nos encomienda. Todos tenemos una misión en la vida, un objetivo, una vocación, un fin: **¡amar!** Y para amar no se necesitan "papeles estelares". En el "teatro de la vida" que es este mundo que pasa, todos los papeles son importantes.

Y Dios reparte los talentos según su amorosa Providencia que sabe lo que más nos conviene. El Catecismo de la Iglesia, apoyado en el Evangelio, nos dice que los “talentos” no están distribuidos por igual. Las diferencias pertenecen al plan de Dios, que quiere que cada uno reciba de otro aquello que necesita, y que quienes disponen de “talentos” particulares comuniquen sus beneficios a los que los necesiten. Las diferencias alientan y con frecuencia

obligan a las personas a la magnanimidad, a la benevolencia y a la comunicación. Incitan a las culturas a enriquecerse unas a otras.

Y comenta santa Catalina de Siena: *«¿Es que acaso distribuyo yo las diversas [virtudes] dándole a uno todas o dándole a éste una y al otro otra particular? [...] A uno la caridad, a otro la justicia, a éste la humildad, a aquél una fe viva [...] En cuanto a los bienes temporales, las cosas necesarias para la vida humana las he distribuido con la mayor desigualdad, y no he querido que cada uno posea todo lo que le era necesario, para que los hombres tengan así ocasión, por necesidad, de practicar la caridad unos con otros [...] He querido que unos necesitasen de otros y que fuesen mis servidores para la distribución de las gracias y de las liberalidades que han recibido de mí»*

3. Como has sido fiel en lo poco...

¿Fieles en lo pequeño, en el día a día. En la misión oculta que el Señor nos pide. Lo que importa **no** es la grandeza exterior de lo que haces, sino **el amor que pones en hacerlo**. Y puedes estarte santificando haciendo una labor humilde (limpiar la casa, ayudar a un pobre, visitar a un vecino que está solo...) **si lo haces con y por amor**, y en cambio no santificarte haciendo cosas muy importantes (dirigir un país, trabajar en la NASA, gran arquitecto,...) si no lo haces por amor.

La fidelidad es importante, incluso en las pequeñas cosas, no por la cosa en sí, lo que en sí sería de un espíritu mezquino, la grandeza está en hacer la voluntad de Dios. San Agustín dijo: *“Las pequeñas cosas siguen siendo pequeñas, pero ser fiel en las pequeñas cosas es una gran cosa. ¿Acaso nuestro Señor no es el mismo, con un pequeño que con un poderoso?”* (Mt 25,40)

4. Eres un empleado negligente y holgazán

La parábola deja claro que ser cristiano es también arriesgarse. En este sentido, el tercero, que había recibido solo un talento, parecería el más sensato. No quiere jugar ni negociar con el dinero de nadie. Pero Jesús le llama malvado y holgazán. Y después, inútil. Le reprocha su falta de confianza e iniciativa. *El Señor esperaba mucho de él*, pero no ha respondido a sus expectativas ni a su confianza. Le paralizaron el miedo y la desconfianza.

Necesitamos la fe, que es el gran impulso para la confianza en Dios, para abandonarse en Él y en sus designios: *“Basta que lo digas de palabra y mi siervo quedará sano...”* (Centurión, hemorroísa...)

“¡No perdamos el tiempo! No hay que dejar para mañana lo que se puede hacer hoy. ¡Las tumbas rebosan de buenas intenciones! Y desde luego ¿quién nos asegura que mañana viviremos? ¡Escuchemos la voz de nuestra conciencia. Es la voz del profeta: “Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor, no endurezcáis el corazón!” (Sal 94,7.8) No poseemos más que el momento presente. Vigilemos, pues, y vivámoslo como un tesoro que nos ha sido confiado. El tiempo no nos pertenece. No lo malgastemos” (San Pío de Pietrechina).

ORACIÓN DE SAN FRANCISCO

¡Señor, haz de mí un instrumento de tu paz!
Que allí donde haya odio, ponga yo amor;
donde haya ofensa, ponga yo perdón;
donde haya discordia, ponga yo unión;
donde haya error, ponga yo verdad;
donde haya duda, ponga yo fe;
donde haya desesperación, ponga yo esperanza;
donde haya tinieblas, ponga yo luz;
donde haya tristeza, ponga yo alegría.
¡Oh, Maestro!, que no busque yo tanto
ser consolado como consolar;
ser comprendido, como comprender;
ser amado, como amar.
Porque dando es como se recibe;
olvidando, como se encuentra;
perdonando, como se es perdonado;
muriendo, como se resucita a la vida eterna.